En busca de un ideal. Los intelectuales antioqueños en la formación de la vida cultural de una época, 1900-1915

María Luisa Restrepo Arango

Resumen

El principal interés de este trabajo es plantear un acercamiento al ambiente intelectual y cultural de Medellín a principios del siglo XX, tomando como puntos de referencia algunas tertulias literarias y revistas culturales del período 1900-1915, reconociendo que éstas representaban para ese entonces, cuando el ámbito académico era aún incipiente, los medios más propicios para la formación, producción y difusión artística e intelectual. Se pretende, además, llamar la atención sobre la necesidad de hacer una lectura atenta y concienzuda de estas revistas, cuyas páginas constituyen una riquísima fuente de información que, sin duda alguna, permitirá conocer más a fondo un período bastante olvidado por la historiografía antioqueña.

Palabras clave: sociedades culturales, sociedades científicas, revistas culturales, intelectuales, literatura, modernización, industrialización, Medellín, Antioquia, Colombia.

A principios del siglo XX Medellín era todavía una ciudad provincial. Los bueyes, echados en sus calles, hacían parte del panorama cotidiano y las recuas de mulas eran habituales transeúntes del escaso

empedrado. La quebrada Santa Elena, aún sin canalizar, imprimía a la urbe un aire rural acentuado por los hombres y mujeres que aún caminaban descalzos y vestían ruanas y sombreros toscos. Era un ambiente

que, a simple vista, parecía muy alejado de las ciudades cultas de la época como París y Londres. Sin embargo en aquel entorno, poco refinado en apariencia, bullían ideas y discusiones intelectuales, se leía y escribía mucho y se conocían a fondo las corrientes de pensamiento que influenciaban gran parte del mundo.

Apenas en los últimos años del siglo XIX Medellín había comenzado a vivir un período de transición, en el cual iba dejando atrás las características de pueblo grande para ir adoptando, poco a poco, las de una ciudad. Los cambios que trajo consigo el proceso de modernización económica y de industrialización que empezaba a experimentar la ciudad, ya se hacían visibles: su población aumentó, convirtiéndose en el núcleo urbano más importante del Valle de Aburrá; su fisonomía comenzó a modificarse con la aparición de construcciones como la Estación del Ferrocarril, el Bosque de la Independencia y la plaza de mercado cubierta de Guayaquil, entre otras; las tradicionales costumbres se alteraron con la introducción de nuevos hábitos y modas y la estructura social sufrió fuertes transformaciones, influenciadas por la apertura comercial y económica que propició la aparición de nuevos ricos, generando un proceso de movilidad social, a partir del cual se consolidaron nuevas burguesías y la llama-

da clase media, antes casi inexistente, se fortaleció.¹

Para estos nuevos grupos sociales la preocupación por la pintura, la literatura y la búsqueda de refinamiento personal cobró gran importancia. Ello impulsó cierta actitud *snob* “que invitaba a estar al tanto de ‘las últimas novedades de París’, a comentar la obra del escritor más en boga, a elogiar lo que debía elogiarse para que se advirtiera que se estaba integrado en el renovado mundo de la época del progreso”.² No obstante, también surgieron grupos de intelectuales, escritores y artistas serios y comprometidos que trataban de conformar polos críticos de aquel proceso de cambio social que vivían y de tomar parte activa y consciente en él. Apareció entonces un nuevo tipo de hombre de letras, menos esteticista, más comprometido y utópico, que compartía con

1. Sobre las primeras décadas del siglo XX confrontar los siguientes artículos: Claudia Avendaño, “Desarrollo urbano en Medellín, 1900-1940”, en: *Historia de Medellín*, t. I, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, 1996. Patricia Londoño, “La vida diaria: usos y costumbres”, en: *Historia de Antioquia*, Medellín, Suramericana de Seguros, 1998. Luis Javier Ortiz, “Viajeros y forasteros en Medellín, siglos XIX y XX”, en: *Historia de Medellín*, t. I, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, 1996. Catalina Reyes, “Vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1940”, en: *Historia de Medellín*, t. II, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, 1996, p. 426.

2. *Ibid.*

pintores y artistas en cafés, tertulias y talleres. Así comenzó a formarse una actividad cultural más militante, abierta e intensa.

Procesos similares vivieron otras ciudades del país, en las cuales, al igual que en Medellín, comenzaron a proliferar sociedades científicas y literarias, se fundaron, entre otras, la Academia Colombiana de la Lengua y la Academia de Historia, las tertulias se multiplicaron y se abrieron librerías en las calles más importantes. Surgieron polémicas, enfrentamientos entre diversos grupos de intelectuales, luchas entre revistas que expresaban distintos credos estéticos o ideológicos y acaloradas discusiones entre escritores y artistas que se preguntaban cuál rumbo debían tomar ahora el arte y la literatura. Entonces, las tertulias resultaban ser los lugares más indicados para desenredar o enredar esta madeja de ideas, postulados y teorías nuevas que inundaban las mentes y las imprentas. En todas las ciudades importantes de América Latina se formaron gran cantidad de tertulias: en Lima fueron famosas la del Ateneo, la del Círculo Literario y la de Clorinda Matto de Turner; en Buenos Aires la del café La Brasileña, la de Los Inmortales y la del grupo de Martín Fierro; en México la de la revista Contemporánea y en La Habana la de la *Revista de Avance*. En Bogotá, La Gruta Simbólica, marcó también una época y dejó su impronta en la historia de la literatu-

ra colombiana, a través de las producciones de algunos de sus miembros como Julio Flórez y Guillermo Valencia.

En Medellín, desde tiempos de la colonia, las tertulias culturales y literarias habían jugado un papel determinante en la producción intelectual de las élites y durante todo el siglo XIX fueron una constante. En la primera mitad de aquel siglo fueron famosas la de Mariano Ospina Rodríguez, la de Juan de Dios Aranzazu y la de Francisco A. Zea; a partir de 1850, la del *Tuerto* Echeverry, la de Manuel Uribe Ángel, la de Gregorio Gutiérrez González, la del *Oasis*, las de Juan José Molina y Eduardo Villa y la del Liceo Antioqueño. Todas ellas aportaron revistas, eventos y obras culturales diversas.³ También fueron reconocidas La Tertulia Literaria o La Biblioteca del Tercer Piso y luego las tertulias de La Bohemia Alegre y la de La Librería Restrepo. Otra de renombre fue El Casino Literario, fundada en 1887, inspirada e impulsada, sobre todo, por Carlos E. Restrepo. En aquella se dieron a conocer como escritores Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón.

A principios del siglo XX aquella afición por reunirse entre amigos, conversar, discutir y compartir lecturas, escritos, ideas e ideales no

3. Jorge Alberto Naranjo, "Literatura y cultura tempranas de Antioquia", Medellín, julio de 2002, pp. 19-20. Inédito.

decaó en lo absoluto, y las primeras tres décadas conocieron tertulias importantes como las del Blumen y La Bastilla, Los Panidas y *El Espectador*, la de María Cano, El Negro Cano, *Quico* Villa, Félix de Bedout y Pepe Mexía.⁴ Estas tertulias estaban abiertas a las personas de las diferentes clases sociales; sin embargo estaban compuestas, en su mayoría, por gente que venía de las clases medias y se ganaba la vida de diversas maneras. En estos círculos poseer un apellido encumbrado o una cuantiosa fortuna no era sinónimo de reconocimiento o respeto, estos valores fueron sustituidos por la cultura, la erudición y la producción intelectual y artística individual.⁵

Así pues, en las interminables, amenas y agitadas discusiones de las tertulias se inspiraron importantes novelas de la época,⁶ cuentos, poe-

4. *Ibid.*

5. José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999, p. 356.

6. Fue el caso de *Frutos de mi tierra* de Don Tomás Carrasquilla, que surgió a partir de una de esas sesiones, como cuenta el mismo autor: “[...] Tratábase una noche en dicho centro [*El Casino Literario*], de si había o no había en Antioquia materia novelable. Todos opinaron que no, menos Carlosé y el suscrito. Con tanto calor sostuvimos el parecer, que todos se pasaron a nuestro partido, todos, a una disputábamos al propio presidente, como el llamado para el asunto. Pero Carlosé resolvió que no era él sino yo. Yo le obedecía porque hay gentes que pagan para mandar. Una vez en la quietud arcadiana de

mas, obras de teatro, ensayos críticos y tratados; surgieron nuevos talentos literarios y artísticos y se impulsaron proyectos, tanto cívicos como culturales, muchos de gran éxito y envergadura social.⁷ Este ambiente prolijo impulsó a los contertulios a crear sus propios medios de difusión, como revistas y periódicos, algunos de los cuales lograron trascender las fronteras locales e influenciar el ámbito nacional. Así se fue instaurando una tradición, a partir de la cual cada grupo o tertulia publicaba su propio órgano de expresión.⁸

Tertulias, revistas y periódicos, constituían el resultado tangible de los esfuerzos que intelectuales y artistas de la época hacían constantemente para sacar adelante las letras, las artes y la cultura en general.

mi parroquia, mientras los aguaceros se desataban y la tormenta repercutía, escribí un mamotreto, allá en los recónditos de mi cuarto. No pensé tampoco en publicarlo: quería probar, solamente, que puede hacerse novelas sobre el tema más vulgar y cotidiano. [...] Tal es la historia de *Frutos de mi tierra*”. Citado en: Carlos López Narváez, “Mi pequeña lección de literatura”, en: *Revista Lingüística y literatura* (34/35), Años 19-20, Medellín, Departamento de Lingüística y literatura, Universidad de Antioquia, julio-junio, 1998-1999, p. 59.

7. “Prácticamente el germen de la Sociedad de Mejoras Públicas estuvo en estas reuniones de artistas preocupados por el progreso común”. Jorge Alberto Naranjo, *Op. cit.*, p. 14.

8. Miguel Escobar Calle, “Revistas culturales”, en: *Historia de Antioquia*, *Op. cit.*, p. 511.

Como dijo Henríquez Ureña: eran luchadores y constructores y veían en la literatura una forma de servicio público.⁹ Constantemente buscaban formas y espacios de reunión para compartir sus percepciones del mundo y de la sociedad en que vivían. Ya en los albores del siglo XX, por ejemplo, habían conformado el Centro Artístico, con la dirección de Ricardo Olano y Luis de Greiff, a través del cual realizaban conferencias, exposiciones públicas y diversos eventos, entre ellos los famosos Juegos Florales, concurso de poesía y literatura que adquirió fama nacional.

La Tertulia del Negro Cano constituyó otro ejemplo, bastante representativo por cierto, de esa búsqueda—no institucional—por fomentar un ambiente cultural más abierto y dinámico. Fue llamada por Francisco Villa López “La antesala de Medellín” y nació en el año de 1907, en la recién fundada Librería de Antonio J. Cano,¹⁰ situada en el cruce

9. Citado en: David Jiménez, *Historia de la crítica literaria de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992, p. 10.

10. Antonio J. Cano (1874-1942): Integranste del Centro Artístico que presidieron Ricardo Olano y Luis de Greiff, del Comité Editorial de la Revista *Lectura y Arte*, de *Alpha*, de la *Revista Colombia* y el periódico *Colombia*; Rector y Presidente de la Junta Directiva del Instituto de Bellas Artes; Director del periódico *Vida Nueva*. En 1935, publicó el libro *Madrigales de amor y otros poemas*, “que tuvo excelente acogida nacio-

de la calle Colombia con la carrera Carabobo, en la planta baja del edificio Duque; allí:

luego de las diarias tareas, cualesquiera que fuesen: sin actas firmadas y a firmar, sin “orden del día”, sin solicitudes de admisión [...] y eran los “Jacobos” patriarcas y los Benjamines, con voz y voto entre los abogados e ingenieros, arquitectos y albañiles, poetas maduros y aspirantes, periodistas y lectores del último libro llegado y el reciente leído para comentarlo; no importa que fuese entre políticos serenos y constructivos, alejados de mentiras y ordinarias ambiciones. Llena estaba la tertulia de todo cuanto inquietara en felices días este medio nuestro, de apacibles costumbres pero de imaginación que saboreamos con deleite [...]”¹¹

La Tertulia del Negro Cano tuvo sus raíces en el Sofá Republicano, centro de carácter político, fundado por Carlos E. Restrepo, Juan Pablo Gómez Ochoa, Clodomiro Ramírez, Tomás O. Eastman, Tomás Quevedo Álvarez, José Manuel Arango, Alejandro y Libardo López, Félix

nal e internacional”; en 1936 obtuvo el Premio Epifanio Mejía en reconocimiento a su labor literaria y cultural. Cfr. Miguel Escobar (Ed.), *Antonio J. Cano. El negro Cano*. Medellín, Publicación conmemorativa realizada por Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia y Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, 1992.

11. *Ibid.*

Betancourt y Antonio J. Cano.¹² Poco a poco el ambiente político del *Sofá* fue cediendo espacio a las nuevas preocupaciones por la literatura, el arte y la cultura; fueron llegando entonces nuevos miembros, entre ellos Efe Gómez, Nepomuceno Jiménez, Emilio Jaramillo, Alfonso Castro, Alejandro Vásquez y Pacho Díaz Granados, seguidos por otros más jóvenes como Horacio Franco, Joaquín G. Ramírez, Samuel Moreno Olano y Jaime Ramírez Gaviria;¹³ también asistían León de Greiff, Jesús Restrepo Olarte, Carlos Mejía Ángel (Ciro Mendía), Félix (Pepe) Mejía Arango y Francisco Villa López. Contaban, además, con las visitas ocasionales de amigos que vivían en otras ciudades como el profesor López de Mesa, Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, Barba Jacob y Germán Pardo García, que llegaban de Bogotá y México; de Marco Tobón Mejía que llegaba de Santa Rosa de Osos o de París; de Francisco Villaespesa, de Federico García Sanchiz y de artistas y conferencistas de todas partes.¹⁴

En aquella tertulia encontraban cabida los temas y problemas más significativos del momento:

el debate en torno a la historia política, la búsqueda de una ex-

presión literaria propia; las inquietudes artísticas encontraron en ella un cálido espacio. Francisco A. Cano entusiasmó desde la tertulia la creación de una Escuela de Arte. Marco Tobón Mejía propugnó sus teorías modernistas, Carlos E. Restrepo instruyó sus tesis republicanas, Tomás Carrasquilla sostuvo su discusión contra el modernismo, Efe Gómez satirizó el comportamiento antioqueño y Alfonso Castro ambientó su temática urbana.¹⁵

Las tertulias literarias jugaron entonces un papel determinante en el desarrollo de la vida intelectual y cultural de Medellín, pues, en un momento en el que el ambiente académico era casi nulo en la ciudad, resultaban ser los espacios más adecuados para fomentar la formación y producción intelectual y artística; especialmente cuando habían dejado de ser círculos cerrados de elite, e influenciadas por el proceso de movilidad social que vivía en ese entonces la ciudad, se habían conformando en ambientes de socialización que asimilaban miembros de las diferentes clases sociales. Además, en un momento en el cual la

12. J. Emilio Duque E., *Semblanzas. Ciudades y personajes*, Medellín, Editorial Bedout, 1976, p. 45.

13. Miguel Escobar, *Op. cit.*

14. J. Emilio Duque E., *Op. cit.*

15. Marco Antonio Mejía Torres, *Un poeta muy negro con el alma muy blanca: Antonio J. Cano*. Exposición didáctica organizada por la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Dirección de Extensión Cultural-Museo histórico y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Sala del Mundo B.P.P., febrero 19 - marzo 20 de 1993.

cultura no hacía parte fundamental de los proyectos gubernamentales, muchos de aquellos grupos tomaron en sus manos dicha responsabilidad y siendo conscientes de la necesidad de llenar ese vacío, adoptaron una postura sumamente activa e impulsaron numerosos proyectos mediante los cuales buscaban llegar a la población en general.

Las revistas culturales fueron uno de estos proyectos, quizás el más significativo, pues ellas hicieron las veces de puente, de intermediarias entre las esferas cultas de la época y el resto de la sociedad, logrando trascender las fronteras restringidas de los pequeños círculos cultos, como las tertulias. En las revistas lograron tomar forma concreta las ideas que brotaban del compartir y confrontar en grupo las diferentes percepciones del mundo, de la literatura y del entorno en general y, sobre todo, abrieron la posibilidad de llevar a cabo el profundo y consciente deseo de los intelectuales de la época, de dar a las personas en general la posibilidad de alcanzar un nivel cultural más alto, y de sensibilizarse ante las diferentes manifestaciones del arte y el pensamiento, para crear así un ambiente más propicio para el desarrollo de estos potenciales humanos.

Así pues, las publicaciones que surgieron a partir de aquellas "cofradías" intelectuales y artísticas se fueron formando en canales de co-

municación más abiertos que los tradicionales, en órganos de difusión y discusión de las nuevas ideas que llegaban de todas partes del mundo, donde las personas interesadas en las "cuestiones del espíritu" podían encontrar un espacio de expresión y de diálogo. Su papel fue más relevante a medida que se consolidó un público lector en las ciudades, impulsado, sobre todo, por el creciente interés de las nacientes clases medias por mejorar su preparación educacional y cultural, en cuya búsqueda "muchos de sus miembros empezaron a leer libros, ya no para distraerse, como hacían frecuentemente los de las clases altas, sino para aprender, para adquirir 'conocimientos útiles' y para compenetrarse con las 'ideas modernas'".¹⁶ Tratando entonces de saciar esta nueva sed de conocimiento apareció una gran masa de revistas y periódicos.

Sin embargo, fue necesario un largo proceso para que estos medios de difusión adquirieran su estatus e independencia, pues en un principio estaban muy ligados al devenir político del país; revistas y periódicos surgían impulsados por intereses literarios y partidistas al mismo tiempo, "aparecían como medio de difusión 'doctrinaria', el componente literario y crítico, destacado siempre se ponía al servicio de la causa

16. José Luis Romero, *Op. cit.*, p. 354.

política, como si se tratase de una servidumbre natural".¹⁷

En Antioquia, la revista *El Oasis* (1868-1869) marcó el comienzo de la escisión entre intereses políticos e intelectuales, convirtiéndose en el modelo inmediato para posteriores publicaciones, que en un principio fueron eminentemente literarias.¹⁸ De ahí en adelante las revistas literarias se convirtieron en una constante en el panorama cultural antioqueño. Entre las más representativas de fines del siglo XIX se contaba *La Miscelánea* (septiembre de 1894 a mayo de 1901), en cuyas páginas escribieron los más importantes intelectuales antioqueños de esos años: Manuel Uribe Ángel, Juanario Henao, Carlos E. Restrepo, Mariano Ospina Vásquez y Tomás Carrasquilla, quien publicó allí *Simón el Mago*, *Luterito*, *Herejías* y *El padre Casafús*.¹⁹

Por los mismos años apareció *La Bohemia Alegre*, publicación modesta, editada por los jóvenes integrantes de la sociedad literaria del mismo nombre; como la mayoría de sus contemporáneas tuvo una corta duración, de octubre de 1895 a febrero de 1897. Sin lugar a dudas fue mucho más importante y valioso el

aporte de *El Repertorio*, revista mensual ilustrada dirigida por Luis de Greiff y Horacio Marino Rodríguez, con la colaboración permanente de Francisco A. Cano y del fotógrafo Rafael Mesa. Aunque la empresa contó tan sólo con un año de vida (junio de 1896 a mayo de 1897), su valor es indiscutible, ya que fue la primera publicación en editar fotograbados y zincografías en el país, además, a diferencia de sus antecesoras, no fue puramente "literaria", y en sus páginas se publicaron ensayos, crítica de arte, información científica, partituras musicales, estudios históricos y reseñas biográficas, todo ello de excelente calidad.²⁰

En septiembre de 1897 apareció *El Montañés*, directa continuadora de *El Repertorio*, dirigida por Gabriel Latorre, don Efe Gómez y Mariano Ospina Vásquez, publicación de miras abiertas, muy interesada también por la parte gráfica. Su tiraje fue de 2.500 ejemplares, el más alto del siglo XIX en Antioquia.²¹ En esta revista publicó Tomás Carrasquilla *En la diestra de Dios Padre*, *San Antoñito*, *Dimitas Arias*, *Blanca* y *El ánima sola*, y don Efe Gómez sus primeros cuentos. Fueron sus colaboradores Carlos E. Restrepo, el novelista Samuel Velásquez, Alejandro López, Tulio Ospi-

17. David Jiménez, *Historia de la crítica literaria de Colombia*, Op. cit., 1992, p. 10.

18. Miguel Escobar Calle, *Op. cit.*, p. 511.

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*, p. 512.

na y Saturnino Restrepo. Las viñetas y los dibujos estaban a cargo del maestro Francisco Antonio Cano, de Gabriel Montoya y H. M. Rodríguez, de los Mesas, Duperly, Gonzalo Escobar y Bernardo Gutiérrez (fotógrafo de bodas de Medellín).²²

El Montañés fue la mejor publicación antioqueña de aquel siglo, desafortunadamente desapareció a causa de la Guerra de los Mil Días, que además de sus implicaciones políticas y económicas, trajo graves consecuencias para el desarrollo cultural e intelectual de todo el país, pues se cerraron claustros académicos, bibliotecas e imprentas, se acabaron las revistas y se reclutaron artistas y pensadores para engrosar las filas de los ejércitos en contienda.

Sólo en 1903, cuando el país empezó a sobreponerse, surgió nuevamente una revista de calidad en Antioquia: *Lectura y Arte*, dirigida por Antonio J. Cano, Enrique Vidal, Francisco A. Cano y Marco Tobón Mejía. Considerada por muchos como “la más bella revista que se publicó en Antioquia en muchos años”.²³ Sus viñetas estaban elaboradas en el más fino estilo *art nouveau*, sus dibujos y caricaturas no tuvieron precedente ni paralelo alguno; los artistas, Francisco A. Cano, Marco Tobón Mejía y Enri-

que Vidal lograron tricromías y reproducciones de indudable calidad por medio de un artesanal sistema de piedras litográficas. *Lectura y Arte* sobresalió, pues, por su gran interés en la difusión y promoción del arte y sus directivas se preocuparon por ser muy explícitos en cuanto a dicha prioridad:

[...] debe notarse que nuestra publicación es de carácter artístico [...] Queremos el adelanto de las artes del Dibujo —como en todo— y éste consiste, á más del que adquieren los artistas por el constante ejercicio á que están obligados por su compromiso con el público, en el *otro* que significa educación de este mismo público por medio de las producciones de aquellos. Es decir: que si nos damos á la tarea de dibujar, grabar é imprimir, no es por encontrar un entretenimiento divertido, mucho menos por emplear en ocupación agradable un tiempo que nos sobra: sino con el más alto objeto de que esta parte de toda educación completa, nazca aquí; que haya deseo de *ver* formas y colores, y que de ver se pase á juzgar y de esto, á apreciar lo poco ó mucho que lo que se ofrece á nuestra vista pueda poseer. En resumen: que pretendamos hacer cosa útil y sana, alimento intelectual que quizá no podamos digerir ahora; pero que la costumbre de paladearla nos haga cobrarle afición, deseársela con entusiasmo y llegar

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

á creer que nos hace falta en la vida ese placer estético de que hemos carecido hasta hoy casi en absoluto.²⁴

Este esfuerzo se materializó en las hermosas y elaboradas ilustraciones de la revista, en los artículos de crítica de arte, escritos por Francisco Antonio Cano y en los concursos que promovieron sus directivas, especialmente en el de portadas, que convocó a todos aquellos interesados en el dibujo y la pintura a diseñar una portada de la revista, siendo el premio la publicación del diseño ganador.

El contenido de *Lectura y Arte* fue de un marcado carácter literario, dándole preponderancia a la prosa y a la lírica regional, sin ser excluyente con autores de otras zonas del país o de otras nacionalidades. Tampoco fueron sectarios en cuanto a corrientes o escuelas de pensamiento se refiere, en este aspecto fueron también claros sus directores desde el primer número:

Esta Revista [...] no pertenece a ninguna escuela; aquí tendrá cabida todo lo bueno. Al lado del cuadro y de la caricatura, publicaremos el retrato de la personalidad del día, del hombre que esté en alto, justa o injustamente, como nota de actualidad, sin loas, sin reproches, sin comentarios. Puede llegar a nuestra mesa algo que pugne con las

ideas nuestras, que será publicado, si es bueno, en espera de algo que le haga controversia, para que venga la luz, para que resalte la verdad.²⁵

Editores y colaboradores de la revista querían ofrecer un material de alta calidad y llegar a un amplio público, dejando a un lado parámetros excluyentes de todo tipo, incluyendo los de género —tan comunes en la época—; muestra de ello era la sección de moda femenina, ilustrada con bellísimos figurines que mostraban los vestidos de última moda en Europa y Estados Unidos. Así pues, en las páginas de *Lectura y Arte* podían encontrar contento los aficionados a las letras y las artes de las más diversas tendencias: junto a un drama de Efe Gómez, hallaban un cuento de Guy de Maupassant, al lado de una partitura de Gonzalo Vidal, una caricatura burlesca sobre el negocio del canal de Panamá, un artículo sobre Leonardo Da Vinci, precedido de una crónica sobre un maquinista del Ferrocarril de Antioquia; la crónica literaria compartía cuartilla con la crónica política; había espacio para la reproducción de una obra de Andrés de Santamaría y otra de Francisco Antonio Cano; así mismo hallaban lugar retratos de políticos, obispos e intelectuales de

25. Antonio J. Cano, Enrique Vidal, Francisco A. Cano, Marco Tobón Mejía (Ed.), *Lectura y Arte*, 1903-1906. Medellín, Edición Semifacsimilar, Autores Antioqueños, 1997, p. 3.

24. *Ibid.*, p. 33.

la época, sin importar sus amistades o enemistades.²⁶

Esta diversidad de contenido junto con su alta calidad gráfica, hicieron de *Lectura y Arte* una revista que marcó un hito en la historia editorial antioqueña. Su labor fue ampliamente reconocida por diferentes periódicos y revistas aún después de su desaparición, e importantes empresas editoriales reconocieron en ella su digna precursora.

El último número de *Lectura y Arte* se publicó en 1906, llegando a su fin aquella quijotesca empresa editorial que, como explicó Francisco A. Cano tiempo después, se llevó tres años y mil sacrificios para lograr siquiera publicar doce números y cumplir a quienes habían pagado la suscripción por un año.²⁷ Preocupados por el vacío que indudablemente dejaría la desaparición de *Lectura y Arte*, sus editores buscaron impulsar otra publicación que fuera continuadoras de aquel esfuerzo. Así nació *Alpha*, llamada desde un principio a convertirse en la “noble sucesora” de *Lectura y Arte* y reconocida siempre como fruto de aquélla. Antes de su aparición ya había sido anunciada en el último número de su antecesora con la siguiente nota:

26. Ver *Lectura y Arte*, *Op. cit.*, pp. 18, 20, 23, 30, 31, 79, 108, 111, 137 y 179.

27. Citado en Miguel Escobar Calle, *Op. cit.*, p. 512.

ALPHA. Aparecerá próximamente esta Revista mensual, que además de contar con colaboración de los buenos escritores colombianos, traerá en sus páginas escogidas piezas extranjeras. Es Gerente de la Empresa el Sr. D. Ricardo Olano, y la Junta Directiva la componen los Sres. Mariano Ospina V., Luis de Greiff y Antonio J. Cano. Deseamos á la nueva Revista muchos lectores.²⁸

Dicho deseo se convirtió en una realidad, pues la publicación tuvo una larga existencia: de 1906 hasta 1915, con un total de 85 números. Aunque la nueva revista carecía por completo de viñetas e ilustraciones, su material era de alta calidad, pues en ella publicaban los intelectuales más importantes y reconocidos de Antioquia y de otras regiones del país. *Alpha*, al igual que *Lectura y Arte*, fue siempre reacia a ser identificada con alguna corriente de pensamiento en particular, menos aún con partido político alguno, más bien se preocupó, como su predecesora, por convertirse en un espacio de difusión de las diferentes ideas y corrientes de pensamiento, abierto constantemente a la discusión y a la polémica. Sus editores fueron lo suficientemente explícitos al dejar en claro la filosofía de la revista:

[...] desean los conductores de *ALPHA*, cumplir un deber se-

28. *Lectura y Arte*, *Op. cit.*, p. 214.

mejante [al de los antiguos], de piedad y de respeto, con los ídolos, grandes y pequeños de nuestro cielo local. Quieran ellos aceptarlo en la forma tímida y humilde de una declaración de principios. En cuanto entidad, *ALPHA* no los tiene, y contradiría totalmente los propósitos de sus iniciadores, si enarbolara otro objeto que el de ofrecer un campo neutro a las manifestaciones cerebrales de los que tienen amor a las ideas. De antemano, pues, se elimina, con todos los equívocos consiguientes, la idea de una solidaridad definida entre los escritores y los editores. Ideas nuevas y antiguas, pasiones, pero pasiones reales de color y amplias de vuelo, como los que han hecho la grandeza de grandes épocas históricas, y ante todo y sobre todo, vestiduras de dignidad para lo que se piense y se escriba, son en resumen, el programa de un periódico que tiene motivos para esperar más de la sugestión lenta y paciente que de las propagandas furiosas.²⁹

Se vislumbra, pues, el predominio de un pensamiento ecléctico, por encima de cualquier tipo de categoría o parámetro excluyente. Esta mentalidad, tan característica de los intelectuales de la época, es según Jorge A. Naranjo consecuencia de

la Guerra de los Mil Días, que con su impronta de terror, fanatismo y desengaños, impulsó a ciertos grupos a abandonar, muy conscientemente, viejas creencias e ilusiones y adoptar un pensamiento más abierto. No era, pues, “el eclecticismo del que no ha visto nada, sino el del que ha visto suficiente ya para formarse un juicio acerca del valor tan relativo de toda creencia, opinión o teoría”.³⁰

Alpha, aunque de marcada tendencia literaria, como *Lectura y Arte*, fue al igual que ella abierta a las diferentes expresiones del pensamiento y de la cultura. En sus páginas encontramos poesías, cuentos, novelas cortas y novelas por entregas;³¹ crónicas de viaje, notas de actualidad política, económica, científica y cultural; ensayos de corte sociológico, histórico y moral; crítica literaria y artística; biografías y cartas de los lectores. También hallamos gran cantidad de traducciones de importantes autores, entre los que se cuentan Oscar Wilde, Ibsen, Remy de Gourmont, Kipling, Verlaine, Schiller, Altenberg, Gide, Bretal, Smith, John Ruskin, Leo-

29. Mariano Ospina V, Luis de Greiff y Antonio J. Cano (Ed.) *Revista Alpha* (1), Año I, Medellín, marzo de 1906, pp. 43-44.

30. Jorge Alberto Naranjo, “La *Revista Alpha*”, en: *El relato en Antioquia*, Trabajo para Promoción a Profesor Titular, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 1995, p. 324. Inédito.

31. Allí publicó Tomás Carrasquilla su novela *Entrañas de Niño*. *Revista Alpha*, (4 y 12) Años I y II, Medellín, junio-diciembre de 1906.

pardi, Turgueniev, entre otros. Había además un espacio privilegiado para los más destacados escritores peninsulares, como Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós. Algunos autores latinoamericanos como José Enrique Rodó y Rubén Darío estuvieron igualmente presentes en las páginas de *Alpha*.

Esta tendencia internacional de la revista no era gratuita. Coincidió con el rápido y pujante desarrollo de ciertas ciudades hispanoamericanas, que a partir de su intenso comercio con Europa se tornaban cosmopolitas y generaban nuevas ideas favorables a la modernización de las viejas estructuras heredadas de la colonia. La definitiva salida de los españoles había planteado el problema de la identidad de los nacientes países americanos. Se pensó, entonces, en la necesidad de reafirmar su carácter hispánico o, más en general, latino, para lo cual se retomaron los clásicos de Grecia y Roma, cribados por los modelos franceses. En esa búsqueda de identidad las ciudades latinoamericanas copiaron a París y los escritores buscaron nuevos referentes culturales en la contemporánea poesía francesa, a cuya cabeza estaban Charles Baudelaire y su descubrimiento de la "horrenda belleza" de la moderna ciudad industrial; Arthur Rimbaud, quien —al igual que el estadounidense Walt Whitman— identificaba la vida industrial como un nuevo género de

hermosura; Paul Verlaine y su culto al Parnaso, como el lugar donde viven y escriben los aristócratas de las letras.

El cosmopolitismo modernista no pretendía solamente acoger las creaciones de lenguas extranjeras, abogaba además por una unidad hispanoamericana. Esta idea se había difundido fuertemente a partir del *Ariel* de Rodó, discurso moralista en el cual el autor se dirige a la "juventud de América" y en donde se acuña el popular eslogan de "Nuestra América". En Colombia, Sanín Cano se convirtió en uno de sus fieles seguidores y a través de sus escritos impulsó el ideal americanista.

En la búsqueda de aquel ideal se hicieron proyectos concretos, uno de ellos fue el propuesto en la Cumbre de Río en 1906, cuya acta fue publicada en *Alpha* y que transcribimos aquí:

POR LAS LETRAS. Los que suscriben, amantes de las letras, deseosos de contribuir á que cese el alejamiento en que se mantiene los Escritores de América unos respecto a otros, y con el propósito de que las producciones de todo género de cada una de las Repúblicas sean conocidas y apreciadas en las demás; convencidos firmemente de que ese camino de ideas concurrirá, tanto como cualquier otro medio, a la solidaridad del Continente, aprovechan la oportunidad de encontrarse reunidos

en la Tercera Conferencia Internacional Americana, para comprometerse á hacer cuanto esté a su alcance para:

Primero: Fomentar la creación, en el país respectivo, de un centro que se comuniquen con los que se establezcan con los otros y cuyo fin será el de estrechar las relaciones literarias y científicas en las Repúblicas de América, provocando el canje entre ellas de las obras nacionales que se hayan publicado o en adelante se publiquen.

Segundo: Excitar a los autores para que remitan sus obras a las Bibliotecas Nacionales y solicitar otro tanto de la prensa.

Tercero: Propender a que ésta sostenga el canje con la del resto de América.

Cuarto: Estimular los estudios de crítica, de las obras que se remitan, e inquirir los medios más oportunos para que los editores y los libreros se ocupen en la propaganda de obras científicas y literarias.

Quinto: Publicar una revista anual que registre el movimiento intelectual de América, donde figuren los productos más notables de cada país americano. Para constancia de nuestro propósito, firmamos la presente Acta a fin de que sea publicada por la prensa de América.

Río de Janeiro, Palacio Monroe, Agosto 26, 1906.

Qué tanto se llevó a cabo este proyecto, no lo sabemos; sin embargo en una revista como *Alpha* podemos vislumbrar esfuerzos reales por crear una cultura que trascendiera las fronteras territoriales. Ejemplo de ello son las constantes referencias a publicaciones periódicas de otras regiones del país y de otras latitudes. Había, por ejemplo, un intercambio casi permanente con la revista *Trofeos* de Bogotá y no eran escasos los extractos de *El Domingo*, otra publicación capitalina. Se publicaban también artículos de *El Liberal* de Madrid, del *Mercure de France*, *Les Temps*, *Revue des Idées*, *Revue* de París y *Review of Reviews* de Londres, entre otras. Al respecto resulta muy ilustrativa una carta de Miguel de Unamuno a uno de los colaboradores de *Alpha*, la cual nos permite ver materializado ese deseo por establecerse un diálogo y un intercambio con artistas y pensadores de otros países:

Carta de Unamuno. Salamanca 28-IX-1910. Señor Don Juan Vives Guerra. Medellín [...] como le digo, recibo con normalidad *ALPHA*, y suelo leerla. Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas. Y ya que tengo la pluma en la mano quiero enviarle algo para esa Revista. Ahora me ha dado por los sonetos; los hago casi todos los días. Ahí va, para que lo publique, si les gusta, el de hoy. Mañana, 29 de septiembre, cumpla mis cuarenta y seis años. Y aho-

ra, salude a sus compañeros de armas, los buenos soñadores antioqueños. Suyo affmo Miguel de Unamuno.³²

Este carácter abierto, propició que *Alpha* se convirtiera además en un espacio de discusión, en el cual se generaron, en muchas ocasiones, interesantes polémicas. Una de las más importantes y representativas, no sólo por la alta calidad de sus oponentes y de sus planteamientos, sino por la relevancia que tuvo para la época, fue la que surgió en torno al Modernismo. Tomás Carrasquilla y Max Grillo fueron los protagonistas; Carrasquilla lanzó la primera misiva, intitulada *Homilía N.º 1*, una crítica, en tono irónico y burlón a los escritores colombianos de tendencias modernistas; según él los simpatizantes del nuevo movimiento eran simples imitadores de modelos extranjeros, especialmente franceses, que buscaban sus musas inspiradoras en fuentes demasiado extrañas y lejanas a su realidad, como las antiguas Grecia y Roma, convirtiendo su arte en copia vana, en sensibilidad fingida, en puro "artificio". La replica de Grillo no se tardó y en su *contra-homilía* expuso con lucidez sus opiniones sobre el modernismo, el simbolismo y sus principales inspiradores (Mallarmé, Verlaine y Rimbaud). En su artículo reconocía como importante y necesaria la

renovación de las formas artísticas, así como el derecho del artista de buscar aquí y allá nuevas formas de expresión, para él "los esfuerzos que haga el talento para hallar la expresión original de sentimientos e ideas, son esfuerzos laudables".³³

La discusión entre Carrasquilla y Grillo fue abierta y clara, poniendo al alcance del público lector los problemas que se vivían por ese entonces en los terrenos del arte y la intelectualidad en Colombia, Latinoamérica y Europa. La polémica suscitó tal interés en el medio, que los editores de la revista se sintieron alentados para ahondar en el tema y convocaron una encuesta para dar a conocer al público los diferentes puntos de vista de literatos de todo el país. Finalmente la encuesta no se llevó a cabo, al parecer el tema era espinoso hasta en la misma redacción de la revista y sus miembros no lograron ponerse de acuerdo en la orientación que se le debía dar al asunto para no crear gran confusión.

No era, pues, nada homogéneo el panorama intelectual de la época. El Modernismo, aunque marcaba fuertemente los parámetros culturales del momento, tenía a su vez una contraparte fuerte, constituida por quienes creían que la creación artística debía inspirarse en las características particulares del territorio y sus gentes; según ellos, artistas y pen-

32. *Revista Alpha* (59 y 60), Año V, Medellín, noviembre y diciembre de 1910, p. 487.

33. *Revista Alpha* (3), Año I, Medellín, mayo de 1906, p. 86.

sadores debían, a través de sus obras, fomentar el amor a la patria, al terruño, a lo propio y fortalecer una cultura nacional. Eran dos corrientes contrarias pero ambas convivían e influenciaban el ambiente cultural de principios del siglo XX. Esta realidad se evidencia nítidamente en la revista *Alpha*, no sólo por la polémica ya citada, sino también porque en sus páginas se dio cabida a autores de las diferentes corrientes. Es así como en esta revista encontramos títulos como “Sibila”, “Ofelia”, “Ofélicas”, “Anémona”, “Initio noctis”, que denotan todos ellos un marcado corte modernista, junto a otros de evidentes rasgos regionalistas y nacionalistas, como: “Un padre de la patria”, “De mi tierra querida”, “Al pie de la estatua (A Caracas)”, “Paisajes caucanos” o “A la bandera colombiana”.

En una revista como *Alpha* se percibe muy claramente la importancia que para aquellos intelectuales tenían el debate y la crítica abierta, era una realidad que se manifestaba tanto en las polémicas publicadas como en cada uno de los números de la revista. En ellos encontramos artículos de crítica literaria, crítica de arte, crítica social y moral. Muy comunes eran las reseñas críticas de conferencias dictadas en Medellín³⁴

o en otras ciudades, de investigaciones o de libros recientes y de los mismos artículos publicados en *Alpha* o en otras revistas de la región y del país; por lo general dicha crítica recibía una contestación, propiciando así el diálogo y la discusión. No resulta arriesgado afirmar, pues, que para las generaciones de principios del siglo XX, la crítica constituía un factor determinante para poder entrar en lo que para la época era considerado esencial: el camino hacia el progreso. La siguiente cita expresa muy bien esta idea:

Sres redactores de *ALPHA*. Cuantos profesamos cariño a la tierra, hemos tenido ahora que sumar uno más o varios desencantos, y éste, causado por la decadencia de la crítica, no se ha de contar entre los menores, pues bien puede aseverarse que donde la crítica se amengua, todo está en peligro y se aniquilará prontamente... entonces hemos pensado que si la crítica, una de nuestras más preciosas reservas, ha de agotarse, bueno sería ir escribiendo el finis y renunciar a toda esperanza en mañana. Empobrecimiento de la

introducción, Betancourt resalta la importancia de discutir y comentar abiertamente el tema, aduciendo que: “Si sus ideas son buenas, precisa hacerlas sentir y aplicar a nuestras costumbres misonicistas, y si en todo no lo son, también estudiarlas para que no pasen sin discusión principios que no pueden no ser aceptables, á pesar de la elevada intención del conferencista”. *Revista Alpha* (4), Año I, Medellín, junio de 1906, p. 125.

34. Por ejemplo el artículo de Félix Betancourt “Sobre Sociotecnica”, presenta una serie de comentarios críticos a una conferencia del Dr. J. B. Montoya y Flórez, dictada en la Sociedad de San Vicente de Paúl. En su

crítica yo me lo figuro como depreciación de la moneda [...] En estos días no hemos logrado leer sino escritos de obstinada negación o de afirmación irreflexiva, sin penetración y faltos de ingeniosidad [...]³⁵

La importancia que se le daba a la crítica estaba fuertemente relacionada con el ideal que tenían aquellos intelectuales de formar una sociedad culta, donde los individuos despertaran un gusto estético por lo bello y tuvieran unas bases críticas que les permitieran “degustar” y explorar los amplios horizontes del arte, la literatura, la filosofía y las ciencias. No se trataba solamente de informar, por encima de eso estaba la necesidad de “culturizar”, de formar y educar a ese pueblo “no solo ineducado sino bárbaro en su masa [...]”,³⁶ según Saturnino Restrepo y muchos de sus contemporáneos, para quienes la incultura colombiana rayaba con la barbarie y era el resultado del predominio de las razas negra e indígena en las gentes.³⁷

35. *Revista Alpha* (35), Año III, Medellín, noviembre de 1908.

36. *Revista Alpha* (13), Año II, Medellín, enero de 1907, pp. 534-535.

37. Sobre el tema de la influencia de las razas negra e indígena en la “barbarie e incultura colombianas” resulta muy ilustrativa la afirmación de don Tulio Ospina Vásquez, en su obra *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono*, para quien las clases populares “descendientes en gran parte de indios y negros cuyos abuelos eran salvajes hace apenas dos o tres siglos, se hallan

Aquella labor educadora y formadora era asumida, tácitamente, por intelectuales y artistas, para quienes trabajar en ello constituía casi un deber ético y un ideal digno de lucha.

En aras de ese ideal se formaron tertulias y se crearon revistas culturales. Pero estos esfuerzos hacían parte de un proyecto más amplio, que pretendía, desde diferentes frentes, crear un ambiente más propicio para la valoración y la creación artística e intelectual. Con este mismo interés se fundó el Centro Artístico —mencionado antes—, se creó la Escuela de Bellas Artes de Medellín y se abrieron los concursos literarios anuales, denominados “Juegos Florales”. No es posible, pues, desligar estas empresas, pues fueron todas alimentadas por los mismos ideales y sueños y estuvieron tras de ellas las mismas cabezas, las mismas plumas y los mismos bolsillos; eran los mismos personajes que se reunían en la tertulia los que publicaban tal o cual revista, los que convocaban concursos, daban clases y conferencias, escribían, pintaban, criticaban y hablaban, en fin, en una y otra parte encontramos los mismos nombres: Restrepo, Cano (Antonio y Francisco), Vidal, Tobón Mejía, Montoya, Olano, De la Cruz, De Greiff, etc.

atrasadísimas en materia de cultura”. Citado en: Catalina Reyes Cárdenas, “Vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1940”, en: *Historia de Medellín*, t. II, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, 1996, p. 427.

Todos ellos pusieron gran empeño en aquellas "quijotescas" empresas, de las cuales, algunas perduraron, como la Sociedad de Mejoras Públicas y La Escuela de Bellas Artes; otras, por el contrario, llegaron a su fin en esa primera veintena del siglo. Fue el caso de *Alpha*, que conoció su ocaso en 1915. Sin duda alguna, el fin de revistas como ésta representó una gran pérdida para la vida cultural de Antioquia y del país. Sin embargo, nos quedó su legado, y podemos decir, con toda certeza, que la lectura de revistas como *Alpha* u otras de la época nos abre ampliamente el panorama cultural e intelectual de Medellín de principios del siglo XX, nos devela una imagen mucho más precisa y rica en

matices. En ellas aparece el pensamiento en todo su dinamismo, con las ideas que van y vienen, que se toman de aquí y de allá y se van transformando con el pasar de los días, o más bien de las páginas de las nuevas lecturas y de las interpretaciones de cada cual.

Es importante recordar que precisamente en aquellos años se planteó la necesidad de crear universidades más abiertas y pluralistas, de abrir museos y bibliotecas públicas, proyectos que para ese entonces parecían sueños inalcanzables, pero gracias en gran parte a aquellas generaciones, constituyen hoy realidades tangibles y son parte fundamental de la vida cultural de la ciudad.